



EX LIBRIS

EX LIBRIS

Hernán Brienza

**Megafón o
el ser nacional**

EL GOLEM DE MARECHAL

A mi familia. Sin ellos, nada tendría sentido.

A los amigos. Sin ellos, nada tendría alegría.

A los que son capaces de batallar por un sueño.

A los que emprenden batallas celestiales.

A los guerreros que ya reposan.

A la Novia Olvidada.

A los que, después de todo, sonríen.

Epílogo

Últimos debates sobre la cuestión nacional

Jesucristo, Señor de la historia, te necesitamos. Nos sentimos heridos y agobiados. Precisamos tu alivio y fortaleza. Queremos ser nación, una nación cuya pasión sea la verdad y el compromiso por el bien común. Danos la valentía de la libertad de los hijos de Dios para amar a todos sin excluir a nadie, privilegiando a los pobres, y perdonando a los que nos ofenden, aborreciendo el odio y construyendo la paz.

Jorge Mario Bergoglio,
15 de agosto de 2001

*Argentinos, tenemos patria, estemos orgullosos de esa patria
y de esa historia, que es la de todos.*

Cristina Fernández de Kirchner,
25 de mayo de 2011

I

Durante muchos años, Megafón perdió la guerra. Y posiblemente vuelva a perderla. Una y otra vez. “En un plebiscito diario”, como diría Ernest Renan. Y ese fantasma que llamamos “nación” o “patria” emerge y se sumerge cotidianamente entre el olvido y la imposición. Su final, tantas veces anunciado, todavía no se produjo, pero es cierto que su potencialidad se ha morigerado. Incluso ha mermado la influencia en la esfera pública de los discursos sobre esa “comunidad imaginada”. Sin embargo, la apelación colectiva a lo “nacional” sigue vigente frente a la “individualidad imaginada” —hegemónica— y a la ya difusa convocatoria a la “clase” u otras identidades colectivas.

Una de las críticas más inteligentes a las “teorías de la nacionalidad” es la que —desde Benedict Anderson a la fecha— realizan, no sin un alto grado de acierto, aquellos que sostienen que las naciones son comunidades inventadas. El autor define a la nación como “una comunidad política imaginada como inherentemente ilimitada y soberana. Imaginada porque

aun los miembros de la nación más pequeña jamás conocerán a la mayoría de sus compatriotas [...] pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión”. Anderson, aunque lo cuestiona, no deja de compartir el juicio de Ernest Gellner quien sostiene que “el nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen”. Ocurre que la inteligente advertencia de artificialidad del concepto de “nación” es aplicable a cualquier otro tipo de construcción cultural. Anderson le achaca a los nacionalismos “pobreza e incoherencia filosófica”, pero olvida que tanto las otras nociones de apelaciones colectivas –clase, sector, mayoría, religión, club de fútbol–, como la noción de individuo, son construcciones improbables y artificiales. No hay mayor engaño que la mentira del individualismo, por ejemplo. Es imposible la colectividad sin la sociabilidad. Ninguno de nosotros vive solo. Por lo tanto allí hay un fantasma tan potente como el de la colectividad. Creer en el individuo como bien supremo y como única apelación política a través de la “ciudadanía” es tan falaz como creer en esencialismos colectivos. No solamente no vivimos solos sino que solos ni siquiera podríamos vivir, perdón por el galimatías. Por lo tanto, el único egoísmo válido es aquel que dialoga con lo colectivo. Es posible el egoísmo, entendido como grados y niveles en la posibilidad de ser un “out-sider” –aquel que no pacta y se beneficia de su no compromiso con el semejante– dentro de un grupo. Podemos beneficiarnos del grupo, podemos explotarlo, podemos crecer individualmente dentro suyo o a su costa, lo que no podemos es vivir sin él. Lo colectivo constituye no solo la individualidad (como concepto dialéctico) sino, incluso, es una verdad remanida, el concepto mismo de individuo está atravesado por lo social y lo político. Es decir que una persona puede permitirse el lujo de considerarse

individuo sujeto de derechos personalísimos si, y solo si, no es meramente un individuo sino que actúa en una comunidad atravesada de sentidos y de narraciones contradictorias y complementarias al mismo tiempo. Por lo tanto, a las “comunidades imaginadas” solo se les pueden oponer las “individualidades imaginadas”, fantasías de soberanías y autonomías que no responden a la realidad sino, quizás, a los deseos de “out-siders” de aquellos individuos más aventajados en una sociedad determinada.

De esa manera, aquellos sujetos más aventajados económica, intelectual y culturalmente y con mayores recursos para desarrollarse libremente en un mismo espacio pugnarán por una comunidad de sumas de individualidades. Por otra parte, apelarán a las construcciones colectivas aquellos que no han sido beneficiados en el reparto de lugares dentro de un grupo. Lo individual tracciona hacia la libertad, lo colectivo hacia la solidaridad. Los discursos de la nación, en tanto apelación supra-individual, siempre requieren del compromiso y del pacto social. La patria “supone” —diría Juan Bautista Alberdi— un compromiso solidario. Mientras el liberalismo defiende la potencialidad de los más aventajados, el nacionalismo, aunque a veces avasalle la individualidad, propone el pacto entre individuos, sectores y clases (y otras apelaciones imaginadas) que supere el mero egoísmo de los aventajados.

En conclusión, en la discusión de fondo no se trata de otra cosa que del enfrentamiento de dos imaginarios igualmente contruidos, con sus narraciones y sus fantasmagorías tan falsas y tan verdaderas una como la otra y por lo tanto sin “superioridades” conceptuales. Sumamos, entonces, el concepto de efectividad hacia el interior de las sociedades, más que la idea de “verdades”, en este debate de apelaciones que sirven para acumular poder y aunar voluntades.

II

Mucha tinta corrió durante décadas en Argentina sobre la cuestión nacional, lo que hace innecesario repetir sus principales conceptos. Aquellos que quieran repasar o abreviar su sed sobre la cuestión nacional pueden leer a los hermanos Hernández, a Ricardo Rojas, a Manuel Gálvez, Manuel Ugarte, a los hermanos Irazusta, a Ezequiel Martínez Estrada, a Carlos Astrada, Rodolfo Puiggrós, José Hernández Arregui, Jorge Abelardo Ramos, José Pablo Feinmann, Horacio González, Rodolfo Kusch, Arturo Jauretche, Gonzalo Cárdenas, Fermín Chávez y tantos otros escritores que abordaron el tema y que, como muchos de los que integran esta lista, no estarían para nada de acuerdo en ser incluidos. Pero vale la pena decir que en la última década el nacionalismo ha regresado a la mesa de los principales debates en el espacio público. El peronismo kirchnerista (o kirchnerismo) debió cumplir tres etapas culturales para “restaurar” ciertas ideas y prácticas provenientes del nacionalismo popular que es económico, político, historicista y dinámico —a diferencia del nacionalismo oligárquico de naturaleza esencialista, rupestre y reaccionaria—.

En un primer período, que va desde 2003 hasta 2009, ese diálogo se vio atravesado por la necesidad de apuntalar la autoestima de los argentinos a través de la recuperación de los símbolos patrios —la bandera, el himno—, del rescate de significantes como patria, nación, pueblo, de lo propio —entendido con la mayor amplitud y contradicción con que pueda elaborarse—, y, también, de los instrumentos de política internacional que permitieron distanciarse de los mandatos de Washington y crear una agenda latinoamericanista.

La segunda etapa estuvo caracterizada por la contención de la respuesta de las grandes mayorías plurales. Estoy hablando, fundamentalmente, de 2010, cuando en ese “argentinazo

cultural” que significó el Bicentenario, emitieron un mensaje claro: “Estamos orgullosos de la argentinidad que estamos ejerciendo”. El culmen de este momento fue la celebración del 20 de noviembre de ese año en la Vuelta de Obligado, con la inauguración del monumento de las cadenas y el busto de Juan Manuel de Rosas, y la instauración del Día de la Soberanía como feriado nacional.

Una tercera etapa es la de la responsabilidad colectiva como parte integrante de una nación. La apelación a la responsabilidad social, no a ese concepto higiénico de beneficencia vertical que limpia la conciencia, sino al “hacerse cargo del otro”, en términos bíblicos —recuerden las palabras de Caín a Jehová—, a convertirse “en guardianes de sus hermanos”. Esos lazos tienen que ver con la asunción por parte de uno del Otro como un igual, equipararlo en derechos y valores con uno mismo, entender que el Otro es parte de la misma identidad nacional, y que por eso se tiene una responsabilidad particular por los destinos de quien comparte un mismo territorio, ciertas tradiciones culturales, una parte del recorrido histórico.

En los últimos años, intelectuales, periodistas, voceros del poder hegemónico liberal conservador han catapultado la original idea de que “el kirchnerismo ha dividido a los argentinos”. Lo que ha ocurrido en la última década, en realidad, es que un sector de la sociedad ha manifestado que la comida y el tamaño de la porción que le ha tocado en el banquete organizado por el liberalismo conservador en los últimos 150 años no le apetece ni le satisface. Mientras los sectores populares acatan el menú que la clase dominante le ofrece —represión o exclusión económica— la paz está garantizada y la casa está en orden, a costa, claro, del sometimiento de la mayoría. Cuando los sectores mayoritarios —más allá de los

estilos de sus liderazgos— cuestionan e intentan modificar la lógica del banquete, automáticamente la casa se divide y comienzan los gritos de desunión.

Pero ¿alguien lo negó alguna vez? ¿Puede haber otra cosa que división en una comunidad humana? ¿De qué manera se une, se ata o se homogeniza a una población en un Estado nación? ¿Puede hablarse de “unidad” cuando en la matriz cultural e ideológica de un país el “civilización o barbarie”—enunciado por Julián Segundo Agüero y llevado al paroxismo por Domingo Sarmiento— continúa latiendo, generando exclusiones, enajenando y extranjerizando a los “Otros”?

Nicolás Shumway en su un tanto esquemático libro *La invención de la Argentina* concluye con una profecía poco feliz: “La Argentina es una casa dividida contra sí misma y lo ha sido al menos desde que Moreno se enfrentó a Saavedra. En el mejor de los casos, las divisiones llevan a una *impasse* letárgica en la que nadie sufre demasiado; en el peor, la rivalidad, las sospechas y los odios de un grupo por el otro, cada uno con su idea distinta de la historia, la identidad y el destino, llevan a baños de sangre como las guerras civiles del siglo pasado o a la guerra sucia de fines de la década del setenta”. La cita es lacónica, por cierto. La edición que tengo en mis manos es del año 1991, por lo que no se puede atribuir a este estadounidense ningún vínculo con lo que ha ocurrido en los últimos años ni con enfrentamientos propios de la segunda década del siglo XXI.

Vale la pena desmenuzar la cita de Shumway. Porque durante muchos años, la sociedad argentina se pensó a sí misma en términos de amigo-enemigo, creyendo que ese era el fundamento de una práctica política que viraba entre el orden y la revolución (cualquiera que fuera). La construcción de blanco-negro, bueno-malo, ellos-nosotros es una práctica instalada en la mentalidad de los argentinos por la que, tarde

o temprano, casi todos solemos quedar atrapados en una u otra fórmula binaria. Incluso aquellos que intentan escapar de esa lógica terminan cayendo en uno de los pares por omisión o falta de compromiso. Es más, muchas veces los que dicen no estar en ninguno de los dos polos son los que luego aducen: “Yo juro que no sabía nada de (todo lo que sabía) que estaba pasando” en un ponciopilatismo miserable.

En tiempos democráticos, la lógica binaria funciona solo como un emergente del pensamiento reaccionario: el de cualquier tipo de cruzado defendiendo cualquier tipo de Jerusalén, ya sean prerrogativas económicas, aparatos políticos o fundamentos dogmáticos. Ella o vos, Argen o Tina, ultraKs, choripaneros, gorilas o cipayos son los significantes utilizados para continuar con prácticas discursivas ancladas en el más oscuro de los autoritarismos. Es la negación del “otro” por el mero hecho de existir. No por sus argumentos y sus ideas. Se lo niega justamente porque es “Otro”. Y para que deje de ser “Otro” hay que intentar que deje de existir. Pero hay una trampa: todo pre-juicio de valor contiene el miedo de lo que uno puede ser.

“La patria es el Otro”, afirmó Cristina Fernández de Kirchner. No quedó muy claro qué fue exactamente lo que significó ese Otro. ¿Es el “otro” como uno o el “Otro” como ajeno? Todos somos otro y Otro de alguien. Todos somos “cercaños” y al mismo tiempo “ajenos”. La frase de la Presidenta es fecunda si se trata de la primera acepción, pero es verdaderamente revolucionaria si se trata del “ajeno”. ¿Es posible que para un “chorro kirchnerista” la patria sea un “gorila”? ¿Podrá un “vendepatria y antipueblo” considerar patria a “un negro de mierda que cobra un Plan Descansar”?

Pensar al otro como un semejante (no bestializarlo, según las palabras de Frantz Fanon en *Los condenados de la*

tierra) es el fundamento del motor inclusivo de una sociedad democrática. Pero a esta altura de nuestra historia habrá que preguntarse seriamente: ¿por qué la inclusión civil, social y económica genera tanto odio entre los argentinos? ¿A quién le molesta que un gay o una lesbiana tengan derechos, a quién que un pobre pueda tener casa, vivienda y salud? Quizás haya algo muy perverso en esa forma de odio. Es comprensible la oposición, el disgusto por un estilo de gobierno, el intercambio de ideas; pero ¿el odio?, ¿el exabrupto de querer que el “Otro” pierda su “existencia”? Suena absolutamente desproporcionado.

Debo hacer una pregunta brutal: todos compartimos la idea de que la víctima de la explosión de un edificio es un “otro” con el que debemos solidarizarnos, por ejemplo, o el pibe que limpia parabrisas en cualquier avenida. Es una versión relativamente fácil de la solidaridad si uno tiene un mínimo de conciencia de fraternidad. Pero si la patria es el “Otro”, el ajeno, el enemigo, el que quiere hacerte desaparecer: ¿José Alfredo Martínez de Hoz también es la patria? ¿Y Jorge Rafael Videla es la patria? Solo allí donde las preguntas duelen es donde podemos ser fructíferos, aun cuando tengamos unas furibundas ganas de “ser extranjeros”, como cantaba Charly García en “Botas locas”. Y, por último, ¿qué sentido profundo tiene pertenecer a una patria en la que cuatro o cinco quieran hacer lo posible y lo imposible para que desaparezca la gran mayoría?

Obviamente, pensar y comprender al “Otro” no significa indultarlo ni tampoco negar el conflicto de intereses existente en toda sociedad. Pero la lucha por intereses está más relacionada con el materialismo dialéctico que con la lógica binaria.

Uno de los grandes problemas de nuestro país es que el liberalismo —ya sea en su versión conservadora o progresista—

ha abrazado lo que, en términos de Isaiah Berlin, se conoce como visión “monista”. Este liberalismo monista establece como única racionalidad la suya, con un solo sistema métrico posible sobre el bien y el mal, lo correcto, lo democrático, lo político, sin poder aceptar otro modelo de gestión de autoridad, de liderazgo, de representación democrática, de inversión de valores.

Ese monismo antiplural que eligieron los representantes del liberalismo conservador vernáculo tuvo su expresión de máxima peligrosidad en la enunciación de la dicotomía “civilización y/o barbarie”. Porque, como toda visión monista, estuvo a punto de convertirse en exterminadora: lo bárbaro, lo ajeno, lo extranjero debía ser extirpable, y así lo fue: primero el gaucho, luego el indio, después el yrigoyenismo y finalmente el peronismo fueron las víctimas-victimarios de ese pensamiento binario. El conservadurismo argentino se llevó a las patadas con la “Otriedad” y terminó haciendo del Otro un objeto de eliminación o de depósito en campos de concentración.

La irrupción de la “Otriedad” pluralista es vista por el *statu quo* monista como lo aberrante, lo no decente, lo incorrecto, lo incorregible, lo que no debería existir, lo exterminable. No son comprensibles ni sus motivaciones, ni sus ideas, ni sus maneras. No están dentro del canon de la racionalidad europea, que el liberalismo conservador concibe que es la “única verdad es la verdad verdadera”, es decir, ya no con el mundo empírico como referencia sino la teoría por la teoría misma. La “Otriedad”, entonces, es facción, división, conflicto, “desunión de los argentinos”, es “ella o vos”, es “Argen o Tina”.

Todo proceso de transformación genera rupturas con lo establecido, porque arrebató privilegios sociales, políticos,

culturales, económicos e imaginarios. Toda nueva apelación “nacional” supone una “antinación” (o una “nación vieja”, como diría Leopoldo Marechal), es cierto. Y, por ende, con mayor o menor dramatismo, produce zanjás, delimita nuevos territorios, genera despechados. Los discursos de la “unidad nacional”, generalmente, son hegemonizadores, totalizadores, buscan la superación de cualquier dialéctica materialista o facción. De la forma que sea: por las buenas o por las malas. Por la razón unívoca del liberalismo monista o por la fuerza de los palos. Y, en estos términos, la unidad nacional, sin conflicto de intereses, sin discusión, sin agonías, se parece demasiado a los sepulcros blanqueados de los que habla el Evangelio de Mateo “que por fuera parecen bonitos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”.

III

Nosotros, los Otros. Hace unos años, en una nota de opinión del diario *La Nación*, el historiador militante Luis Alberto Romero utilizó el término de “nacionalismo patológico” que predomina en el sentido común de los argentinos y que define como “una suerte de enano nacionalista que combina la soberbia con la paranoia y que es responsable de lo peor de nuestra cultura política. Nos dice que la Argentina está naturalmente destinada a los más altos destinos; si no lo logra, se debe a la permanente conspiración de los enemigos de nuestra nación, exteriores e interiores. Chile siempre quiso penetrarnos, el Reino Unido y Brasil siempre conspiraron contra nosotros. Ellos fraccionaron lo que era nuestro territorio legítimo, arrancándonos el Uruguay, el Paraguay y Bolivia. La última y más terrible figuración del enano nacionalista ocurrió con la reciente dictadura militar. Entonces, el enemigo pasó de ser externo a

Índice

9 Amenaza preliminar

primera parte

Historia de un arquetipo

- 12 **I**
Introito
- 14 **II**
Todos los Golems, el Golem
- 20 **III**
Ser nacional o no ser
- 26 **IV**
El Golem bárbaro
- 34 **V**
El Golem de Fierro
- 44 **VI**
El Golem Nac&Pop
- 50 **VII**
El Golem domesticado

- 58 **VIII**
El Golem irredento
- 66 **IX**
El Golem porteño
- 76 **X**
El Golem peronista

segunda parte

El Golem setentista

- 82 **I**
La parábola de los dos Leopoldos
- 96 **II**
La guerra
- 110 **III**
La terrible sonrisa del caído
- 122 **Epílogo**
Últimos debates sobre la cuestión nacional
- 143 **Agradecimientos**
- 144 **Bibliografía**